

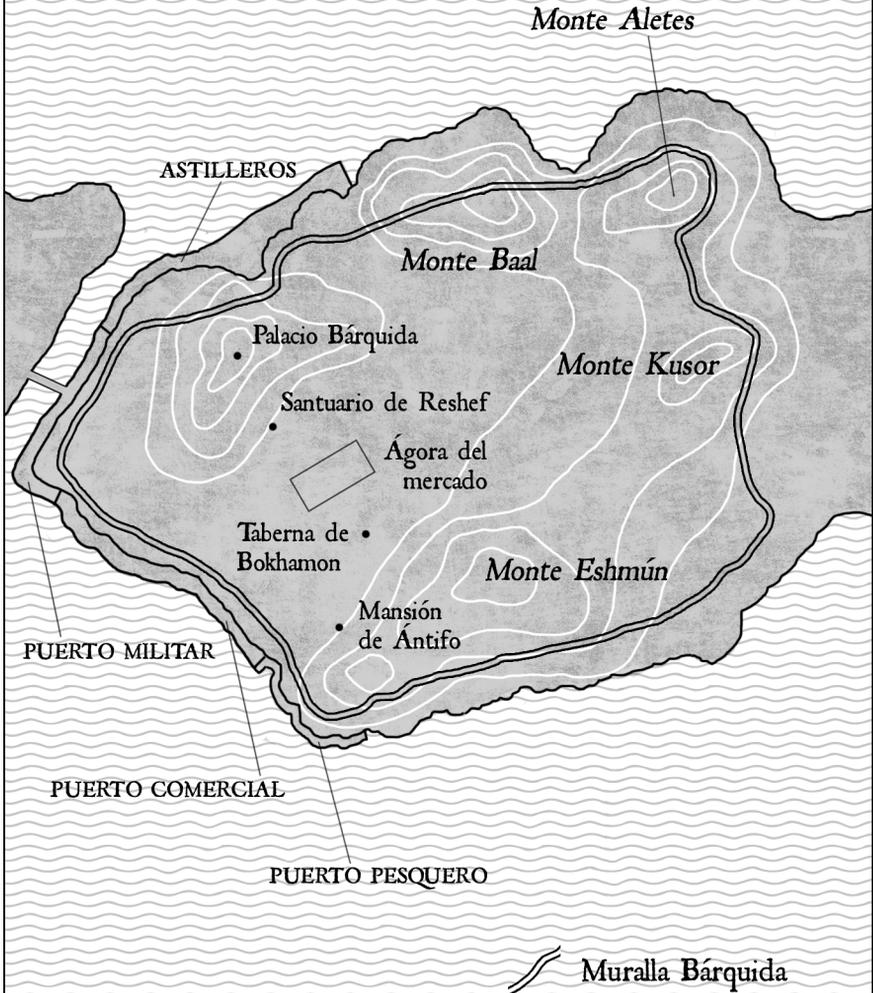
**EL CÁLIZ
DE MELQART**

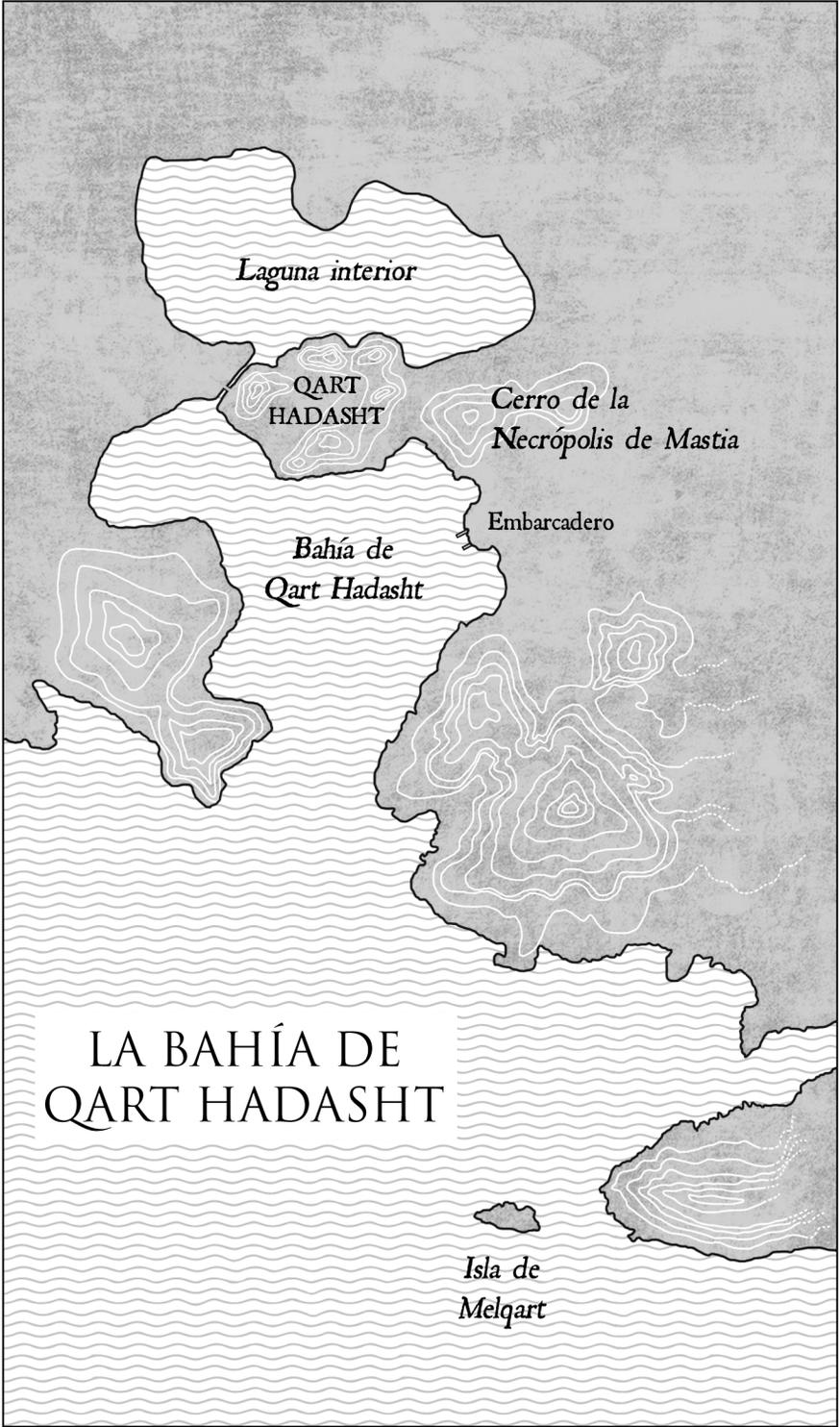
Arturo Gonzalo Aizpiri



Ediciones Evohé

QART HADASHT





Laguna interior

**QART
HADASHT**

*Cerro de la
Necrópolis de Mastia*

Embarcadero

*Bahía de
Qart Hadasht*

**LA BAHÍA DE
QART HADASHT**

*Isla de
Melqart*

PRIMERA PARTE

POR LA MALDAD, UN SALARIO

Si imito a los malvados, tú me darás,
por la maldad, un salario.

Lucio Livio Andrónico, *Aquiles*

CAPÍTULO I

—¡Malco, viejo zorro!

El hombretón se giró al punto, y una ancha sonrisa se dibujó bajo la barba espesa.

—¡Adonibaal, pirata, cuánto me alegro de verte!

Los dos amigos se aproximaron con grandes zancadas; se saludaron agarrándose mutuamente los antebrazos y dándose palmadas en la espalda.

—¡De modo que eras tú! —exclamó Malco, enrollando con destreza el látigo y sujetándolo en el cinturón de cuero—. Se me ocurrió al principio, cuando me dijeron que una vela de Gadir había aparecido en la entrada del estuario, pero luego pensé que ya estabas viejo para estos viajes. ¡Y mírate, por las barbas de Melqart, hecho un muchacho!

—Ya me conoces, Malco, por mis venas corre la antigua sangre de Tiro —respondió Adonibaal, entrecerrando los ojos y mostrando dos incisivos amarillos en una mueca que con dificultad pasaba por sonrisa—. Después de unos meses sentado en el emporio del puerto, haciendo cuentas y repasando inventarios, me muero por salir a ver con mis propios ojos cómo anda el mundo. Y los viejos amigos, claro está. Por cierto que se te ve espléndido. Cada vez más gordo, pero espléndido.

Malco rió a carcajadas y se palmeó con ambas manos la voluminosa barriga.

—¿Cómo que gordo? ¡Querrás decir fuerte! Es que se necesita mucha energía para lidiar con este rebaño de animales.

Malco trazó un arco con el brazo extendido, invitando a Adonibaal a contemplar la actividad que transcurría a su alrededor.

Se encontraban en la ribera arenosa del río, que en ese punto tenía una anchura de unos ochenta pasos y un caudal aún abundante y bravo; eran tierras en las que el verano se demoraba en llegar. En el centro de la corriente se sucedía una secuencia de islotes alargados, cubiertos de vegetación. Los dos más próximos estaban siendo desmontados por un gran número de trabajadores, vestidos únicamente con andrajos y taparrabos, cuya condición de esclavos la evidenciaban las cadenas

ceñidas con grilletes a sus tobillos. Vigilados por guardias y capataces, urgidos por gritos y golpes de látigo, extraían capachos de arena oscura que era después transportada hasta la orilla en barcas formadas por piezas de cuero cosidas entre sí. En la ribera la arena pasaba a un sistema de cedazos móviles alimentados por un canal derivado del río, donde otro contingente de esclavos la cribaba minuciosamente.

—¿Qué te parece? —interrogó Malco, de buen humor—. Aquí donde lo ves, tu amigo Malco ha convertido esta mina en una de las más productivas de toda la costa de las Casitérides.

—Magnífico, magnífico —se congratuló Adonibaal—; ya sabes que el apetito de Gadir y Qart Hadasht por los metales nunca se sacia. ¿Es arena aurífera o de plomo blanco?

—De ambas cosas. Ven, te lo mostraré.

Malco caminó hasta los cedazos y tomó un puñado de la bandeja donde se acumulaban las partículas más gruesas y densas, ignorando las miradas de soslayo que le dirigían los esclavos. Mostró a su amigo una veintena de pequeños nódulos oscuros, entre los que resplandecía una brillante pepita de oro.

—Mira, una *palacurna*, hemos tenido suerte.

Adonibaal la observó. Era una pepita del tamaño de una uña.

—Suelen ser más pequeñas. Pero con lo que todos los mineros soñamos es con encontrar una de las verdaderamente grandes, las que llaman *palagas*; yo aún no he visto ninguna. En fin, como ves, aquí, en el río Limaia, en el mismo aluvión se encuentra la piedra del plomo blanco y algo de oro.

—¡Y no hay más que cogerlo! —se maravilló Adonibaal—, ¡qué hermoso negocio!

—No es tan fácil —objetó Malco—. El oro es caprichoso y no siempre se prodiga de este modo. ¡Y además los costes están disparados! Tengo que pagar a casi medio centenar de guardias y capataces, y mantener a doscientos esclavos. Por no hablar de todos los que se me mueren, bien caros de reponer: unos por no aguantar el ritmo, y no pocos por intentar robar o escaparse. Y hay que estar dispuesto a vivir en este rincón de mierda, y arriesgarse a un ataque de los salvajes que viven en esos montes, y tantas otras cosas que si empiezo a lamentarme no pararía en todo el día. Así que, mejor, dejémoslo.

Adonibaal asintió con la cabeza, con expresión comprensiva.

—Ya veo. Pero creía que tenías buenas relaciones con los bárbaros.

—Más o menos. Vamos a tomar algo al puerto y nos ponemos al día, todo parece más agradable con una cerveza en el estómago, y tengo que reconocer que la que hacen por aquí no está mal. Fuerte, pero no está mal.

Caminaron junto al río, dejando a su derecha el risco que interrumpía en la desembocadura del Limaia la monotonía de tierras bajas y suaves colinas de esa zona del litoral. Poco antes de llegar a mar abierto, un muelle construido con troncos daba amarre al buque de Adonibaal, a otro navío más ligero y estilizado y a una docena de barcas de pesca y chalupas de cuero. Junto al puerto se desparramaba, en el interior de una empalizada, un puñado de casas y almacenes con aire caótico y provisional. Desde algunos de los edificios se alzaban densas columnas de humo negro, señalando la posición de los hornos metalúrgicos que convertían las piedras sucias recogidas de los islotes en relucientes lingotes de plomo blanco.

Antes de franquear la puerta abierta en la empalizada, Malco se detuvo y señaló hacia lo alto del risco.

—Allá arriba hay un poblado grovio, con centenares de guerreros y una hermosa muralla, así que más vale que me lleve bien con ellos. Afortunadamente es gente práctica y sensata. Les pago un tributo por cada lingote que sale del puerto, y ellos se comprometen a darnos protección. Me venden los esclavos que capturan en sus correrías y poco a poco van aficionándose al vino, a las putas y a los artículos de lujo que traigo del sur. Por lo demás, ellos hacen su vida y nosotros la nuestra.

—Pues no suena mal.

—Sin embargo, las tribus del interior son otra cosa —continuó Malco—. En especial los brácaros, una gente avariciosa y penderciera, poco de fiar, pero que produce grandes cantidades de oro, de modo que también tengo que hacer negocios con ellos. Han desarrollado técnicas mineras sorprendentemente ingeniosas, igual que sus vecinos los montañeses, un pueblo un tanto misterioso que rara vez abandona sus montes. —Malco señaló vagamente hacia el nordeste.

Entraron en el recinto y recorrieron su calle principal, flanqueada por pequeñas tiendas que abastecían de loza y tejidos, vino y herramientas a la exigua colonia minera. Adonibaal se sorprendió al ver la animación que había en el lugar, y observó con curiosidad a los indígenas que ofrecían a los tenderos gallinas o fardos de lana, o delgadas láminas de oro sin acuñar, a cambio de ánforas y azadas. Los tratos se

negociaban a voces en una lengua áspera y enérgica, un oscuro dialecto céltico del que el marino apenas comprendió un puñado de palabras.

—Esto se está convirtiendo en una auténtica ciudad —comentó Adonibaal—, parece mentira lo que has logrado en solo cinco años.

—No me puedo quejar. Con un poco de suerte el año que viene terminaré de pagar a las sanguijuelas de Gadir el dinero que pedí para poner en marcha el negocio. ¿Y sabes lo que me gustaría hacer después? Pues vender todo esto y comprar una buena casa de campo cerca de Cartago. Tal vez en Ityke, o en Thyne. Allí viviré tranquilo con Melqarthilles y los chicos, cultivaré vides, haré mi propio vino y disfrutaré de la vida...

Se interrumpió de pronto. Extendió la palma de la mano y miró hacia el cielo gris del atardecer. En el aire flotaba un intenso olor a sal y a pescado podrido. Comenzaba a lloviznar.

—Y, sobre todo —concluyó Malco con un suspiro—, me alejaré de este clima apestoso. ¡Por las barbas de Melqart, ¿es que no va a dejar nunca de llover?!

Adonibaal hincó el diente al muslo de gallina y dejó escapar un murmullo de placer. Lo devoró en un abrir y cerrar de ojos, se chupó los dedos con delectación y tomó otro de la bandeja que ocupaba el centro de la mesa, mientras bebía un trago de un cuenco de madera que contenía una cerveza espesa y aromática.

—¡Ten cuidado con ese brebaje, amigo mío! —le dijo Malco, con la boca llena y la bebida resbalándole por las comisuras de los labios—, parece inofensivo pero puede acabar con el marinero más curtido.

Adonibaal rió sin mirar a su interlocutor y continuó comiendo, escuchando distraídamente las conversaciones que se cruzaban los miembros de su tripulación de un lado a otro de la mesa vecina. Tal vez ellos ya se hubieran acostumbrado a la dieta inmutable del barco: gachas de avena, pescado ahumado y galletas secas, pero a él, en su primer viaje después de mucho tiempo en tierra firme, había terminado por hacérsele insoportable, y quería dedicar toda su atención a disfrutar de la primera comida decente después de días de navegación. Aprovechó también para observar el lugar donde se encontraban. Se trataba de una estancia alargada con paredes de piedra vista y un tejado de brazadas de paja descansando sobre un endeble entramado de vigas de madera. Aparte de ellos mismos y la

tripulación del *Gracia de Baal*, que ocupaban una buena parte de la sala, había dos pequeños grupos de hombres alrededor de sendas mesas tan toscas como la de ellos, y un individuo solitario en un rincón sumido en la penumbra.

—¡Bueno!, ¿y a ti, cómo te va todo? —interrogó Malco una vez hubieron saciado la porción más urgente de su apetito—. Esto está lejos, pero no lo suficiente como para que no nos lleguen rumores. Se dice que has conseguido contratos de lo más lucrativos en Qart Hadasht...

Adonibaal se encogió de hombros y carraspeó, aparentando modestia.

—Yo tampoco me puedo quejar. Ni yo ni ninguno de los comerciantes de metales y materiales de construcción de toda la costa de Hispania. Gracias a Asdrúbal y su nueva capital, que lo consume absolutamente todo, y que siempre tiene recursos para pagar buenos precios. Allí todo prospera: las minas de plata, los telares de esparto, los astilleros. Están llegando artesanos de todas las tierras púnicas, y aún de las ciudades helenas, y de Iliria, de Cirene. Un hombre extraordinario, nuestro Asdrúbal. No sé si tan hábil para la guerra como su difunto suegro Amílcar...

—O su cuñado Aníbal —interrumpió Malco.

—O su cuñado Aníbal —convino Adonibaal—. Pero sin duda más sabio para la paz.

—Pues quiera Astarté tardar muchos años en llamarlo a su seno, por el bien de la patria y de los negocios de sus ciudadanos; aunque tanto éxito puede resultar peligroso. La envidia siempre ha prosperado a la sombra de la colina de Byrsa.

—Y que lo digas. Brindemos por él.

Ambos hombres alzaban sus copas, cuando una voz destemplada llamó su atención.

El individuo sentado sin compañía en el extremo de la sala había comenzado a hablarle en tono airado al tabernero, un hombre completamente calvo, grande como un buey, que le escuchaba impávido con los brazos en jarras.

—¿Qué ocurre, Lubbos? —interrogó Malco—, ¿un cliente que no quiere pagar?

—No sé qué me está diciendo —contestó malhumorado el tabernero—; esta gente de las montañas no sabe ni hablar. Pero, diga lo

que diga, ya ha tomado toda la cerveza que puede pagar con la pieza de cobre que me ha dado. O se calla y se marcha por las buenas o lo hará por las malas.

El aludido se incorporó con dificultad, apoyándose con ambas manos en la pequeña mesa circular que tenía frente a sí. Recibió entonces la luz de una tea y pudieron verlo con claridad: vestía una túnica de lana gris cubierta de peto y faldellín de cuero; de un cinturón de placas de bronce le colgaba la funda vacía de una espada que se había visto obligado a dejar en depósito a la entrada, siguiendo las normas del establecimiento de Lubbos. Su atuendo resultaba rústico, pero no pobre. Tenía un rostro ancho y robusto y cejas espesas; el pelo y la barba eran negros allí donde no alcanzaban las canas, y tanto la nariz hinchada y sanguínea como los ojos vidriosos revelaban con elocuencia su estado de ebriedad.

—Es un montañés —murmuró Malco—. Esa gente viene de tarde en tarde, para acordar ventas de metal o comprar suministros que ellos no pueden producir. En alguna ocasión yo mismo los he traído aquí para echar un trago y cerrar un trato, pero rara vez vienen solos.

El montañés comenzó a vociferar, tambaleándose. Señaló durante un momento a Lubbos con un dedo admonitorio y tuvo que volver a aferrarse a la mesa para no caer, pero no antes de que todos pudieran ver un brazalete dorado refulgiendo en su antebrazo.

—¿Has visto eso? —exclamó Malco—. ¡Ese bárbaro lleva encima oro suficiente para comprarle a Lubbos toda la taberna!

Adonibaal seguía la escena con expresión de estupor e hizo caso omiso del comentario de su amigo.

—¡Maldito animal! —aulló Lubbos, rojo de ira, dando un puñetazo sobre la mesa y escupiendo en el suelo—, ¡si vuelves a señalarme con el dedo yo mismo te lo meteré por el culo! ¡Así que largo de aquí, bárbaro de mierda! ¡No volverás a beber en mi casa ni aunque vengas con un saco de oro!

Lubbos extendió el brazo hacia el montañés y este lo apartó de un manotazo gritando a su vez. Cuando el tabernero agarró la jarra vacía y la alzó, el aire de la estancia se licuó en un espeso silencio.

—¡Espera, espera, Lubbos! —interrumpió Adonibaal—, tranquilízate. Yo invitaré a beber al bárbaro.

La inesperada intervención de Adonibaal dejó a todos en suspenso. Lubbos miró con incredulidad al marino; después interrogó

con la mirada a Malco, cuya condición de propietario de la mina lo convertía en señor absoluto del poblado.

Malco necesitó algunos instantes para superar el desconcierto. Al fin hizo un gesto de asentimiento a Lubbos, respiró hondo y lanzó una sonora carcajada.

—¡Por las barbas de Melqart, esta sí que es buena! ¿De dónde ha salido ese repentino ataque de generosidad? ¿No será... que tienes extraños gustos íntimos, verdad? ¡Y yo que te tenía preparada para esta noche una jovencita estupenda, una lusitana con todo lo que se le puede pedir a una mujer!

Todos los marinos de la mesa vecina rieron ruidosamente.

Adonibaal los ignoró por completo y, cuando Lubbos regresó con la jarra de cerveza, la tomó de manos de este, y él mismo se la llevó al bárbaro.

—Pero, pero... —farfulló Malco, pensando que la conducta de Adonibaal no podía ser ya más extravagante.

Se equivocaba. Un instante después, el armador púnico colocó la cerveza en la mesa, frente al montañés, y comenzó a hablarle en una lengua desconocida para los demás.

El bárbaro lanzó un rugido de júbilo, palmeó la mesa, bebió largamente y, tras lanzar un sonoro eructo, se dirigió a Adonibaal con un borbotón de palabras pronunciadas con ojos turbios y voz pastosa.

Ambos hombres se embarcaron en un diálogo al que Adonibaal solo contribuía con preguntas esporádicas. El montañés hablaba gesticulando, señalando con frecuencia el brazaletes dorado que llevaba en el brazo derecho. El resto de la concurrencia seguía la escena en silencio, como si el dominio que mostraba Adonibaal de la lengua del bárbaro fuera un prodigio mágico que cualquier intromisión pudiera romper. Finalmente el armador volvió junto a Malco. Tenía una inmensa sorpresa feliz impresa en los ojos, abiertos como platos, y se movía con un nerviosismo impaciente y furtivo. Le susurró al oído a su amigo:

—Esto es increíble. Ahora no puedo darte detalles, pero es imprescindible que ese hombre venga conmigo a Qart Hadasht en mi viaje de regreso. Imprescindible.

Malco se rascó la barba y miró con fijeza a Adonibaal antes de contestar.

—Parece que os habéis hecho muy amigos, y le has invitado a beber por razones que estoy impaciente por conocer. Seguro que querrá acompañarte, ¿no?

—Yo no me marchó hasta mañana, y no creo que pueda mantenerlo borracho hasta entonces. Estoy seguro de que cuando esté sobrio no tendrá una actitud tan amistosa. Vamos a tener que reducirlo por la fuerza.

—Vamos a ver, Adonibaal —Malco palmeó la mesa con irritación. El bárbaro comenzaba a vociferar de nuevo en su rincón—. Sin más explicaciones quieres secuestrar a un montañés en mi poblado y llevártelo a Qart Hadasht. ¿No te das cuenta de los problemas que me puedes crear? Ese hombre pertenece a un pueblo extraño y hostil, con el que me veo obligado a hacer tratos comerciales. ¿De qué va todo esto?

Adonibaal miró a su alrededor. Los marineros del *Gracia de Baal* de la mesa vecina los miraban con curiosidad, esperando que su patrón les hiciera algún comentario sobre su conversación con el bárbaro. Con un gesto, Adonibaal les indicó que se ocuparan de sus propios asuntos, y se volvió de nuevo hacia Malco.

—Ese hombre habla un dialecto de la lengua de los túrdulos; yo lo aprendí hace años, cuando les compraba mineral de hierro para mi fundición de Gádir. ¡Pero el país de los túrdulos está en una serranía al sur del Betis, y esa gente no es marinera! ¡Tiene que haber recorrido toda Hispania para llegar hasta aquí!

—Sorprendente, en efecto —convino Malco—. Como te he dicho, nadie sabe por aquí de dónde provienen, lo que quiere decir que tienen que venir de lejos. ¿Y de qué habéis hablado?

Adonibaal dudó un largo instante. Miró al montañés, quien le hizo un gesto amistoso y señaló a su jarra vacía. El armador del navío de Gadir indicó a Lubbos que la rellenara. A continuación carraspeó.

—Es imprescindible mantener la discreción —murmuró.

—No permitiré que te lo lleves si no me dices qué está ocurriendo —urgió Malco.

—Ese hombre... Ese hombre dice que su pueblo tiene muchos brazaletes como el que lleva en el antebrazo, mucho oro. Que custodian un tesoro. Tengo que llevarlo a presencia de Asdrúbal.

—Espera, espera, espera —susurró Malco, cogiendo a su amigo del brazo—. ¡Un tesoro! ¿Y para qué necesitamos a Asdrúbal? Seguro que podemos encargarnos nosotros mismos.

—Es una pieza demasiado grande para nosotros, Malco —Adonibaal bajó la voz hasta convertirla en un murmullo casi inaudible—. El túrdulo...

—¿Pero quieres soltarlo de una vez?

Adonibaal suspiró, cediendo al fin.

—El túrdulo dice que su pueblo posee el cáliz de Melqart.

CAPÍTULO II

—Señor...

El esclavo esperó a que Ántifo le diera permiso para hablar. Este se demoró aún un largo instante, leyendo un rollo de papiro que mantenía extendido con ambas manos. Finalmente, sin alzar la vista, preguntó:

—¿Sí?

—Ha llegado la persona que esperaba.

—¡Vaya, vaya, vaya! ¿Tan pronto? Pues sí que le ha entrado prisa de repente al Calvo. Se ve que ya se ha dado cuenta de que el año de consulado no da para mucho —Ántifo se incorporó del triclinio y trató de alisarse, sin éxito, las arrugas del quitón de lino que cubría a duras penas su obeso cuerpo—. Veamos qué quiere. Hazlo pasar y tráenos un refrigerio.

Bekoniltir salió de la estancia y volvió poco después seguido por un hombre que transmitía impresión de edad avanzada y vigor al mismo tiempo. Tenía melena y barba canas y la piel del rostro parecía cuero curtido por la intemperie. Los brazos y las piernas eran delgados y fibrosos, y tan bronceados que contrastaban vivamente con la sencilla túnica blanca que vestía.

—¡Adelante, adelante, amigo mío! —exclamó Ántifo haciendo una teatral reverencia—, sé bienvenido en mi humilde residencia. Ponte cómodo, por favor. ¿Deseas darte un baño, cambiar tus ropas, un refrigerio? La paloma anunciando tu viaje llegó ayer mismo, de modo que tienes que haber viajado sin pausa ni descanso; debes estar exhausto.

El viajero miró a su interlocutor con frialdad.

—Gracias por tu hospitalidad, Ántifo de Alejandría. Soy Céryx de Tarento. Solo deseo agua fresca y algo de fruta, y llevar a efecto cuanto antes la misión que tengo encomendada. Cneo Cornelio Escipión te envía saludos.

—¡Vaya, vaya, de Tarento, ni más ni menos! —dijo apreciativamente Ántifo, mientras volvía a acomodarse en el triclinio, señalando

do a Céryx el que permanecía vacante frente a él—, hermosa ciudad, por cierto. ¿Y cómo está nuestro buen cónsul? ¿Tan enérgico como siempre? ¿Ocupándose sin desfallecer de los intereses de la gloriosa Roma y los de la no menos gloriosa familia Escipión?

—Cneo Cornelio está bien, resuelto a ocuparse de los asuntos de Hispania —respondió Céryx en tono severo. A todas luces le incomodaba la voluble charlatanería de su anfitrión, y el timbre de ironía y frivolidad de su voz. Pero trató de contener y disimular su desagrado. Si su amo confiaba en esa bola de sebo cubierta de joyas y perfumes, más egipcia que griega, sus razones debía de tener para ello.

—¡Qué generoso por su parte, qué altura de miras! Eso es lo que coloca a Roma por encima de otros pueblos: su sistema político y la calidad de sus gobernantes. Mientras el otro Cónsul, Marco Claudio Marcelo, se enfrenta a los insubros en la Galia Cisalpina, nuestro Cneo Cornelio encuentra tiempo para dirigir su atención a este remoto rincón del Mare Nostrum. Y hablando de Marcelo: ¿es cierto que el Senado le ha concedido como trofeo las armas de Viridomaro?

Céryx hizo rechinar los dientes. Se trataba de un asunto en extremo desagradable para todo el clan Escipión. Los éxitos del consulado de Marco Claudio Marcelo estaban haciendo parecer gris y mediocre el de Cneo Cornelio. Y este no estaba dispuesto a quedarse con los brazos cruzados.

—Así es —explicó con reticencia Céryx—. Marcelo derrotó completamente a los insubros en Clastidio, y mató a su caudillo Viridomaro en combate personal. Después conquistó su capital, Mediolanum..

—¡Extraordinario, extraordinario! —se congratuló Ántifo—, ¡sin duda Cneo Cornelio se habrá alegrado sobremanera por los éxitos de su colega! Pero que todas estas felices nuevas no nos aparten de nuestras obligaciones. Algo importante debe estar ocurriendo para que el Cónsul se digne a enviar un emisario a este humilde servidor. ¡Ah, pero aguarda, aquí llega el almuerzo...!

Céryx esperó a que Bekoníltir sirviera las viandas que había traído en un pequeño carrito. Además del agua y la fruta, la mesa baja se llenó con una sobreabundancia de platos humeantes. Ántifo tomó la copa de vino que le ofreció el criado, comenzó a roer

un muslo de ave que cogió de una bandeja y miró al tarentino con atenta expectación.

—Hace pocas semanas —comenzó Céryx—, Cneo Cornelio recibió la visita de una delegación procedente de Sagunto. Estaba formada por algunos hombres principales de la ciudad, y una nutrida representación de la colonia griega; al parecer el barrio griego es casi una ciudad en sí misma, adosada a Sagunto.

—Desde luego, tengo muchos tratos comerciales con ellos. De hecho, algo había oído de esa embajada a la que te referes. ¿Y...?

—Los saguntinos se sienten amedrentados por los continuos avances de Asdrúbal. Temen que el Bárquida esté preparando algún golpe contra ellos, y sienten que el tratado que Roma suscribió con el cartaginés hace cuatro años los deja desamparados. Insisten en que ellos siempre han sido amigos de Roma y que sería una deshonra para la República dejarlos a merced de los púnicos.

—No les falta razón —convino Ántifo, mirando de hito en hito una cabeza de cordero cubierta de miel antes de comenzar a dar cuenta de ella—. Reconocer como espacio de influencia cartaginesa todo el territorio al sur del río Iber ha dejado en una posición muy vulnerable a los aliados de Roma en la zona. A los enclaves comerciales griegos, por ejemplo. Lo que me extraña es que los saguntinos se hayan dirigido directamente a Escipión, y no al Senado. La política de alianzas es algo que compete a los senadores, si comprendo correctamente ese extraño entramado de reparto de poder que es la República.

—En efecto, así es. Pero durante los últimos años se ha hecho mayoritaria en el Senado la facción que busca el apaciguamiento con los Bárquidas. El propio Marco Claudio Marcelo ha defendido resueltamente que debíamos concentrar todos nuestros esfuerzos en la Galia Cisalpina, combatiendo a los insubros. Además, debes saber que Marco Claudio combatió contra Amílcar en Sicilia, y quedó muy impresionado por su capacidad militar.

—¡Vaya, vaya! —Ántifo suspiró divertido—, creo que empiezo a entender. Corrígeme, por favor, mi buen amigo Céryx, si me equivoco. Resulta que el gran Marcelo quiere tener tranquilo el frente cartaginés para lograr honores sin tasa frente a los bárbaros galos. Y, por el contrario, el glorioso Cneo Cornelio, con un admirable sentido del equilibrio, considera que la perfidia púnica amenaza a

Roma. Y los saguntinos intuyen que el Cónsul Escipión el Calvo les puede brindar su protección aunque el Cónsul Marcelo y el Senado se desentiendan de ellos.

La expresión de Céryx se endureció de pronto.

—Ten cuidado, alejandrino, no llegues demasiado lejos. Opinar a la ligera sobre las intenciones de los Cónsules de Roma puede ser más peligroso de lo que parece. Y ni yo soy tu buen amigo, ni voy a tolerar que te refieras al Cónsul Cneo Cornelio Escipión como el Calvo.

—¡Bueno, bueno, no nos enfademos, no ha sido mi intención ofender al Cónsul! —dijo Ántifo en tono conciliador, pero con un asomo de sonrisa que desmentía sus excusas, como si disfrutara tanteando los límites de la paciencia del tarentino—. El caso es que los íberos y griegos de Arse, como por aquí conocemos a Sagunto, decidieron acudir a Escipión pensando que serían objeto de un recibimiento más amistoso.

—Sí. Los Escipiones sienten una gran simpatía por los griegos —dijo Céryx, enarcando las cejas como si él mismo fuera suficiente prueba de ello—. Siempre han hecho lo que ha estado en su mano por proteger los intereses griegos en el Mare Nostrum. La ciudad que tú representas, Massalia, ha tenido sobradas ocasiones para beneficiarse de esa amistad.

Ántifo asintió. En efecto, Massalia nunca habría alcanzado el esplendor que ahora disfrutaba si no hubiera tenido abiertos los mercados de Roma, y si las trirremes de la República no hubieran protegido las rutas comerciales en el mar Tirrénico. A cambio, los enclaves comerciales de la ciudad y los de su más próspera colonia, Emporion, ubicados regularmente a lo largo de la costa ibérica, permitían a Roma estar presente de forma discreta en el corazón del mundo Bárquida de Ispania.

—¿Y cuál fue la respuesta del Cónsul?

—Cneo Cornelio aseguró a los saguntinos que Roma nunca permitirá una acción militar de Cartago contra ellos. Les garantizó, por su honor y por el de la familia Escipión, que llegado el momento el Senado se pondría de su parte. Pero tanto él como su hermano Publio se sienten crecientemente preocupados. Consideran que el tratado del Iber fue un error y que si se permite a Asdrúbal consolidar su dominio al sur del río se convertirá en una amenaza directa

para Roma. Están decididos a dedicar sus propios recursos para proteger a la República, si es preciso, en espera de que el Senado, una vez derrotados los galos, pueda dedicar su atención a la amenaza cartaginesa.

Céryx guardó silencio y observó a Ántifo con desagrado. Este, con las manos y el quitón pringados con la miel y la grasa del cordero, se dio cuenta de que el tarentino esperaba alguna observación por su parte, como si de algún modo tuviera que ganarse, y retribuir, la valiosa información que estaba recibiendo.

—¡Que Atenea y Hermes protejan a los hermanos Cornelio Escipión, aventajados discípulos suyos en inteligencia y astucia! —exclamó Ántifo, dejando en la bandeja los restos de la cabeza de cordero y extendiendo las manos hacia Bekoniltir, quien se aplicó de inmediato a limpiarlas con un paño perfumado—. ¡No puedo estar más de acuerdo con ellos! Sin duda Asdrúbal se está convirtiendo en un personaje formidable. Ha demostrado un gran talento para relacionarse con las tribus; su matrimonio con la princesa Titayú fue una jugada magistral: cualquier otro se hubiera empeñado en tomar Mastia y su espléndido puerto por la fuerza, pero él se convirtió en príncipe de los mastienos y contó con toda la ayuda de estos para fundar junto a la de ellos su propia ciudad. ¡Y qué ciudad! ¿Has visto cómo prosperan las obras?

—Lo he visto —asintió Céryx frunciendo el ceño—; nos habían llegado informes pero no podía imaginar que en tan solo cinco años hubiera avanzado tanto. La actividad de construcción parece muy intensa.

Ántifo se incorporó suspirando y se encaminó hacia el extremo de la estancia, donde la luz del sol teñía de dorado unos livianos cortinajes. Hizo un gesto al tarentino para que lo acompañara.

—Si tienes la bondad...

Apartó la cortina y ambos hombres salieron a una espaciosa terraza que recorría toda la fachada principal de la casa.

Ante ellos se desplegó el formidable espectáculo de Qart Hadasht.

La ciudad ocupaba un vasto promontorio que se adentraba en un golfo tan cerrado y protegido que mantenía la superficie del agua inmóvil como una gran balsa de aceite. En el horizonte el mar se disolvía en una neblina turbia y caliginosa. Al pie de la colina en la que

se alzaba la casa, más allá de un barrio de pequeños edificios blancos recorridos por un dédalo de callejuelas, estaba, tras la muralla, el puerto comercial, que apenas pasado el mediodía hervía de actividad bajo la intensa luz del sol. Había grandes mercantes púnicos con el ojo rojo de Melqart pintado en las velas cuadradas, procedentes de los numerosos puertos del mar cartaginés: de la propia Cartago y de Gadir, de Ebussus, de Kartenna e Hippy en la costa líbica, de las ciudades sardas de Nora y Bitia, de Palla y Aleria en Córcega. Había también pesqueros mastienos con sus característicos mascarones de proa en forma de cabeza de caballo, navíos griegos de Rhodes y Emporion especializados en el transporte de ánforas de vino y aceite, barcas de Arse y de otras ciudades ibéricas. Una multitud abigarrada y multicolor atestaba los muelles, llenando el aire del rumor de voces que subían y bajaban rítmicamente de intensidad, como si fueran el poderoso latido de la ciudad. Se oía a los capataces dirigiendo con gritos y chasquidos de látigo las reatas de esclavos que descargaban las bodegas de los buques hacia los silos y almacenes; a los comerciantes ofreciendo sus mercancías, a los cambistas y prestamistas voceando sus tarifas, a los conductores de carros y bestias de carga pidiendo paso. Más allá, en una dársena protegida por soldados de túnica púrpura y cascos de bronce, se alineaban los barcos militares: viejas trirremes supervivientes de la guerra de Sicilia junto a magníficas pénteras recién salidas del astillero fundado por Asdrúbal el año anterior.

En el interior de la muralla, de casi una legua de perímetro, cinco colinas rodeaban una depresión central en la que la ciudad nueva crecía siguiendo el trazado de una cuadrícula de calles que confluían en el ágora que señalaba el corazón de la urbe.

Había obras y trabajos por todas partes.

En las alineaciones de las calles se construían palacios, almacenes y factorías, manzanas de viviendas, muros de contención para aterrazar los desniveles; en el ágora central y en lo alto de las colinas se alzaban pórticos y columnatas; bajo el eje de las vías principales se excavaban las cloacas del sistema de alcantarillado; en numerosos tramos de muralla se completaban las defensas y las torres, las puertas fortificadas y los edificios de los cuarteles adosados a su cara interior. Una densa tela de araña de vigas y andamios, de sogas y grúas se agitaba sobre los tejados; el golpeteo de centenares de picos

de hierro contra la piedra caliza y la arenisca se fundía en un chirrido enloquecido, como si se hubiera dado cita un ejército de grillos minerales. Un gentío aún mayor que el del puerto se amontonaba en las calles, a pesar del calor ardiente; millares de manos y de pies en movimiento convertían el terreno en una nube de polvo inmóvil que velaba los contornos de Qart Hadasht en la distancia.

—¡Impresionante, colosal, hercúleo! ¿No te parece, amigo Céryx?

Ántifo abrió los brazos como si pretendiera tomar entre ellos a la ciudad entera. Chasqueó los dedos y Bekoniltir se apresuró a acudir con un parasol de color azul pálido con el que protegió a su amo del sol inclemente.

Un segundo esclavo se acercó a Céryx con otro parasol, pero este lo rechazó con un gesto desabrido, haciendo notar que le incomodaba ser objeto de tales atenciones, y se apoyó con ambas manos en la barandilla de mármol que limitaba la terraza. Dejó escapar un suave y prolongado silbido, como si el cuerpo se le estuviera desinflando. En el breve paseo desde el puerto hasta la casa del alejandrino no había captado la verdadera magnitud del proyecto en que Asdrúbal se había embarcado.

—¡Qué vigor, qué empeño constructor! —exclamó Ántifo, recorriendo la ciudad con la mirada—. ¡Nuestro Asdrúbal es un nuevo Pericles, un nuevo Ptolomeo, un nuevo Tarquinio, una nueva Elisa...!

Los dos hombres contemplaron en silencio el frenético hormiguero que semejava la ciudad desde donde se encontraban.

Céryx repasó las palabras de Ántifo. Estaba suficientemente curtido en ese tipo de misiones como para comprender que ninguna de ellas había sido pronunciada en vano. El alejandrino podía ser un obeso histriónico y amanerado, pero a todas luces sabía lo que se traía entre manos; la comparación de Asdrúbal con Elisa estaba llena de intencionalidad política. Cartago no había tardado en ser una ciudad mucho más poderosa que la propia Tiro de la que procedían sus fundadores. Le devolvió a Ántifo la espera del vino, demorándose largamente antes de hablar.

—Sin duda habrá muchos en Cartago a quienes no agrada que los Bárquidas estén creando una ciudad tan formidable como esta en Ispania, fuera del alcance directo de la metrópoli.

—Sin duda.

—Hannón y su partido de terratenientes, por ejemplo.

—Por ejemplo.

—Y tal vez no solo Cneo Cornelio Escipión y los saguntinos consideren a Asdrúbal como una amenaza.

—Tal vez.

Céryx hizo un esfuerzo para reprimir la irritación que le producía la forma que tenía Ántifo de apostillar todo lo que decía. Se dio cuenta de que era un recurso más del alejandrino para controlar la conversación a su antojo.

—No hace falta que te recuerde que estás al servicio del Cónsul —señaló Céryx agriamente—, y que por tanto debes ponerme al corriente de la información de que dispongas, sin juegucitos mayeúuticos.

—¡Oh, claro, claro, de inmediato, te pido disculpas! ¿Cómo iba yo a atreverme a hacer perder el tiempo al enviado de Cneo Cornelio? Únicamente pretendía mostrarme de acuerdo con tus palabras. El caso es que, en efecto, Hannón y los suyos piensan que Asdrúbal, como anteriormente Amílcar, pretende crear una monarquía en Ispania. Y, según mis noticias, aunque a Amílcar jamás se le pasara por la cabeza tal cosa, Asdrúbal y su fiel Zekárbal ciertamente pueden estar moviendo sus hilos para que los pueblos íberos reconozcan a los Bárquidas una autoridad monárquica en Ispania.

—Zekárbal... Los emisarios de Sagunto parecían especialmente preocupados por él.

—El Sumo Sacerdote de Eshmún, nuestro Rab Kohanim, el hombre de confianza de Asdrúbal. Ciertamente su astucia no tiene límites. Sobre él descansa la administración de la Ispania púnica cuando Asdrúbal está de campaña, aunque esa situación no sea del gusto de todos...

—¿Te refieres a Aníbal? En Roma se considera que su amistad con su cuñado Asdrúbal es muy sólida.

Ántifo unió las puntas de los dedos de ambas manos y las observó sumido en una profunda concentración.

—Mmmmh... Eso puede estar cambiando, amigo Céryx. No hay taberna ni casa de baños en Quart Hadasht en la que no se discuta apasionadamente sobre esto. El matrimonio de Asdrúbal con Titayú, hija del rey de Mastia, le ha sido muy útil para consolidar

su posición entre los íberos, pero le causó un terrible disgusto a su esposa Sofonisba, la hermana de Aníbal. Se dicen que, como buena Bárquida, tiene un genio tremendo, y que teme quedar apartada no solo del lecho de Asdrúbal, sino también de los resortes del poder en Ispania. Sin duda debe estar haciendo todo lo posible para reforzar su control sobre la capacidad de influencia de la familia y debilitar la relación entre su marido y su hermano. ¡En fin, como puedes ver todo un embrollo digno de nuestros más imaginativos dramaturgos! Y, si no deseas seguir contemplando la ciudad, sin duda podremos continuar más confortablemente esta conversación en el interior.

Céryx asintió en silencio y acompañó a su anfitrión de regreso a los triclinios.

—Bien, Ántifo —dijo, tras beber agua con avidez—, todo esto le resultará de interés a Cneo Cornelio. Digamos que viene a confirmar los puntos de vista que él se ha formado sobre este asunto.

El alejandrino lo contempló con un destello de curiosidad en la mirada.

—En todo caso... —continuó con tono de cautela—, la prioridad debe ser impedir que Asdrúbal continúe reforzando su autoridad entre los íberos. Si consigue unificar como monarca a todas las tribus puede convertirse en un enemigo mucho más peligroso que los galos de la Cisalpina.

—¡No puedo estar más de acuerdo contigo, amigo Céryx! ¿Y qué propone al respecto nuestro admirado Cneo Cornelio?

—El Cónsul quiere reforzar a los partidarios de Roma en Sagunto y, si es posible, en otras ciudades íberas. En particular, le gustaría establecer algún tipo de alianza con Orissón de Hélike. En todos los años que llevan los Bárquidas en Ispania, nadie les ha inflingido una derrota como la que causó la muerte de Amílcar, hace seis años. Es asombroso que siga plantándoles cara a los cartagineses.

—¡Vaya, vaya, eso sí que es brillante! Orissón sería un magnífico aliado para Roma; tiene un prestigio inmenso no solo entre sus oretanos, sino entre todos los íberos. Pero es ya casi un anciano, y no creo que esté en condiciones de lanzarse a una guerra abierta. A duras penas evitó una derrota completa cuando, después de la muerte de Amílcar, Asdrúbal se lanzó contra Hélike y sus aliados ólcades buscando cobrarse la venganza. Desde entonces toda la Oretania al

sur del Táder está en manos de los púnicos, y Orissón ha perdido la mayor parte de sus ciudades tributarias.

—Debe resultar amargo para Aníbal y Sofonisba —señaló Céryx— que quienes mataron a su padre sigan viviendo en libertad.

Ántifo se encogió de hombros y se introdujo en la boca un pastelillo de miel. Habló con la boca llena, chupándose una a una las yemas de los dedos.

—Sin duda, sin duda. Aunque tal vez Asdrúbal no tarde en volver a intentarlo. Parece que en la campaña de este verano ha logrado grandes éxitos al mediodía del Táder y acaso no tarde en volver su mirada hacia el norte. No es raro que también Sagunto se sienta amenazada. Pero dime, amigo Céryx: ¿con qué medios, aparte de mi humilde y leal persona, cuenta Cneo Cornelio para dar curso a sus audaces designios?

—Ordena que hagan pasar a mi sirviente —dijo Céryx.

Ántifo hizo a Bekoníltir un gesto afirmativo y, un momento después, este introdujo en la estancia a un joven barbilampiño vestido con una sencilla túnica gris y unas sandalias. El muchacho tenía ojos vivaces y curiosos y una boca enérgica de finos labios. Se apartaba de la cara los lacios cabellos castaños mediante una cinta anudada a la cabeza, y sostenía en las manos un cofre de madera aparentemente pesado. A una señal de Céryx lo colocó junto a él, sobre la mesa.

—¡Vaya!, ¿qué es lo que nos trae este hermoso joven? —exclamó con voz almibarada Ántifo, sin apartar los ojos del sirviente—. Se trata, sin duda, de un tesoro. Me refiero, claro está, al contenido del cofre.

—Retírate, Aristides —dijo Céryx, lanzando una mirada irritada al alejandrino, quien sonreía burlonamente. Abrió con brusquedad la tapa del cofre: en su interior se amontonaban un gran número de monedas de oro y una bolsa de cuero.

—¡Un tesoro, ciertamente! Si ya lo decía yo —se regocijó Ántifo, extendiendo la mano para tomar un puñado de monedas—. Veamos: aquí hay schekels púnicos, áureos romanos, octodracmas de Siracusa... Diría que hay al menos un talento y medio.

—Dos talentos —corrigió Céryx con sequedad—. De moneda de diversas procedencias, para no delatar a Roma.

—Suficiente para hacer inmensamente rico al afortunado a quien esté destinado. ¿Quién ha merecido de ese modo el favor del Cónsul?

—Cneo Cornelio Escipión sabe que los reyezuelos íberos tienen una desmedida afición por el oro —dijo el tarentino con voz adusta, como si tal inclinación le pareciera propia de la más baja condición moral—. Considera que con esta cantidad, empleada bajo mi supervisión, puedes comenzar a ganar voluntades para Roma, debilitando el apoyo con que Asdrúbal cuenta entre ellos.

—¿Bajo tu supervisión, amigo Céryx? ¡No sabes el dolor que me causa esa falta de confianza por parte del Cónsul!

Céryx tomó la bolsa de cuero del cofre y la colocó frente a Ántifo, ignorando su comentario. Disfrutaba de la sensación de haber acabado con el aire de superioridad, con la enervante suficiencia del alejandrino.

—Estos serán tus honorarios iniciales: el equivalente a dos talentos de plata. Y si todo marcha bien, Cneo Cornelio proporcionará cantidades adicionales. Para los íberos, y para ti.

Ántifo contemplo la bolsa, sopesándola con los ojos entornados. Entonces exhaló un suspiro, se encogió de hombros y rió entre dientes.

—¿Sabes lo que estaba leyendo cuando llegaste, mi buen amigo Céryx?

Este lo observó en silencio.

—Una obra de teatro de un paisano tuyo: Lucio Livio Andrónico. ¿No lo conoces? Es de Tarento; griego, pero liberto de un noble romano. Ha traducido a los dramaturgos de la Hélade, y últimamente se ha atrevido a escribir alguna obra propia, de moderado mérito. Como esta, en la que el divino Aquiles se ve en una situación no del todo distinta de esta.

Ántifo abrió la bolsa de cuero y derramó las monedas por la mesa; engoló la voz y declamó teatralmente.

—«Si imito a los malvados, tú me darás, por la maldad, un salario».

El silencio que siguió fue interrumpido por un esclavo que entró en la sala con paso apresurado y murmuró unas palabras al oído de Bekoníltir.

—Señor —dijo este—, Asdrúbal, al frente del ejército, está llegando a la ciudad.

